

ISSN 0123-0425

educación y ciudad

Revista del Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP
para maestros, maestras e investigadores.



memoria, educación y pedagogía



Número 10 / Primer semestre de 2006

IDEP - Revista Educación y Ciudad

memoria, educación y pedagogía



**Revista del
Instituto para la Investigación Educativa y el Desarrollo Pedagógico, IDEP
Bogotá, D.C. Colombia. N°10, 1er. Semestre de 2006**

Directora
Cecilia Rincón Berdugo
Tema monográfico, primer semestre
memoria, educación y pedagogía

Consejo directivo	Abel Rodríguez Céspedes, Hernando Gómez Serrano, Alberto Martínez Boom, Pedro Alfonso Luque Manrique, María Cristina Tornado
Comité editorial	Ruth Amanda Cortés Salcedo, Mercedes Boada, Mireya Lara Cortés, Jorge Vargas, Dora Lilia Marín, Diana María Prada, Germán Gaviria A.
Árbitros para este número	Cecilia Rincón Berdugo, Daniel Hernández Rodríguez, Rafael F. Pabón, Jorge E. Ramírez Velásquez y Jorge Vargas Amaya
Coordinación editorial	Germán Gaviria Álvarez
Comité científico	Rocío Rueda Ortiz, José Angel López, Federico Revilla, Gloria Pérez Serrano, Jaime Trilla, Mariano Nadorowsky y Manuel Restrepo Domínguez
Colaboran en este número	Alejandro Álvarez Gallego, Olga Lucía Zuluaga Garcés, Dora Lilia Marín Díaz, María Do Carmo Martins, Olga Marlene Sánchez Moncada, María Cristina Linares, Margoth Acosta Leal, Andrés serna.
Área de Comunicación Educativa	Diana María Prada Romero
Traducciones	Ana María González
Fotografía	Producción y reproducción "Cronotopías escolares" Arturo Rodríguez Hernández

Publicación semestral del IDEP

Centro de Memoria en Educación y Pedagogía
Correspondencia, información, canjes y suscripciones
Avenida Eldorado N°66-83, Piso 3. Bogotá, D.C., Colombia
Teléfono:324 1268. e-mail: educacionyciudad@idep.edu.co
Precio por ejemplar: Colombia. \$10.000. América Latina. U\$15

Los conceptos y opiniones de los artículos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no comprometen la política institucional del IDEP

El comité editorial agradece los artículos enviados voluntariamente y se reserva la decisión de su publicación en la revista

*Se autoriza la reproducción de los artículos citando la fuente y los créditos de los autores
Se agradece el envío de la publicación en la cual se realice la reproducción*

Diseño y producción general e impresión : Taller Creativo de Aleida Sánchez B. Ltda.
tallercreativoaleida@yahoo.com

Diseño, diagramación e iconografía: Aleida Sánchez B., César A. Corredor P., Zamara Zambrano S.

Ilustración: Zamara Zambrano S.

Fotografía: Licio Garrido H., Archivo Museo de Desarrollo Urbano

Tiraje: 2.000 ejemplares

Agradecemos a los CED República Bolivariana de Venezuela y Nuevo Chile por su apoyo para la realización fotográfica de esta revista.

Impreso y hecho en Colombia

Editorial

Los que pretenden recordar al pie de la letra una conversación siempre me han parecido mentirosos o mitómanos. A mí sólo me quedan palabras, un texto lleno de lagunas, como un documento comido por los insectos. En el instante en que las pronuncio, no les presto atención a mis frases. En cuanto a las ajenas, se me borran y no recuerdo sino el movimiento de una boca frente a mis labios. Todo lo demás no pasa de ser una construcción arbitraria y falaz.



Marguerite Yourcenar

Como podríamos interpretar del epígrafe, todo intento de reconstruir el pasado es una utopía. Así lo han comprendido los artistas y los historiadores de todos los tiempos. La fragilidad de la memoria es tan grande que desde épocas remotas los esfuerzos del ser humano se han dirigido al registro no sólo de los sucesos insignes, aquellos que son trascendentes para una sociedad, sino de los hechos menudos, de aquellos que son significativos para una familia o para una comunidad. Teóricos como Le Goff, Halbwachs y Foucault han enfatizado en el poder del Estado para oficializar una versión de la historia en defensa de sus intereses, pero en este espacio no desarrollaré una discusión de esa naturaleza. Baste decir que ha habido fuertes tendencias del establecimiento para acomodar hechos e imponer su versión, pero a lo largo del tiempo también ha habido defensas tenaces en pro de dar la mejor interpretación y que no siempre ésta ha sido suficientemente comprendida.



espacios

En un intento por capturar cada instante del tiempo –el principal destructor del recuerdo y el gran aliado del olvido–, la memoria se ha valido de prótesis (artefactos como el libro, los monumentos, las fiestas populares, las efemérides, en fin) para construirse en un presente y en un futuro, pues en su afán de percibir el tiempo y de comprenderlo, ha reconocido su volatilidad. En las culturas ágrafas (antiguas y modernas), la memoria individual, al no poder trascenderse a sí misma, desarrolló la memoria colectiva y un sistema de transmisión más o menos preciso de un hecho, de sucesos extraordinarios que, vistos desde nuestra óptica, los calificamos de mitos, leyendas, fábulas, imaginarios colectivos. Ya esto lo vislumbró Freud en *Tótem y tabú* y Le Goff medio siglo después, pero Barthes nos señala que este es justamente el nacimiento de las artes, de la ciencia y de la literatura, más no porque el conocimiento humano sólo fuera posible merced a la colaboración de entes agrupados (aunque es claro que el conocimiento en ‘equipo’ es común en la cultura), sino porque el nacimiento del deseo de saber está ligado a la creación individual que necesita ser validada por un entorno social.

Es decir, todos los esfuerzos por registrar hechos reales o imaginarios, trascendentes, de alguna importancia, baladíes o anodinos, el ansia por ‘coleccionar’ eventos, de estudiarlos (estudiar es un volver sobre algo para comprenderlo en profundidad, lo cual quiere decir que estudiar es ir una y otra vez al pasado, relevarlo en el presente y proyectarlo en el futuro), han propiciado que las artes y las ciencias en general en sí mismas sean hechos históricos, que no sólo tienen una versión de su propia historia, sino de las otras historias.

En su fragilidad, la memoria humana ha construido andamios para no desmoronarse, para sustentarse a sí misma, para hacer al hombre lo que es. Sin edificio histórico no hay cultura: las artes, el conocimiento teórico y la tecnología no salen de la nada, se elaboran gracias a la revisión minuciosa y crítica del pasado, de ahí que los epistemólogos de la modernidad hayan reevaluado la noción según la cual el conocimiento es una ‘acumulación’ de saberes. De modo que más allá de la capacidad biológica para recordar, es indispensable fortalecer la capacidad heredada para reconocer lo pasado, para valorarlo y tasarlo en su medida justa.



o r t i p e r o

El hombre, como lo conocemos hoy, sería impensable si el cerebro no hubiera desarrollado los atributos de sistematizar, registrar y elaborar distintas categorías de pasado. San Agustín advirtió sobre estas categorías al decir que el pasado inmediato es el del recuerdo, el medio el de la intuición y el lejano el de la espera. Esto nos lleva a pensar en las escalas de tiempo y en las herramientas que el investigador utiliza para, mediante diversas aproximaciones, dar una versión de lo que ha estudiado. El riesgo no está en que el investigador o un ente oficial presentes su versión como ‘definitiva’, sino en que nosotros la adoptemos como tal.

Desde el siglo XIX se han perfeccionado las técnicas de investigación histórica al punto de que, casi con cierta periodicidad como lo señalara Khun en los años sesenta del siglo pasado, una versión (paradigma) reemplaza a otra, y esa a su vez es modificada o adaptada a los nuevos tiempos. Esto no sólo pone de manifiesto la dinámica innata de la historia, sino la enorme capacidad de la memoria para renovarse, para decirse a sí misma que es lábil, permeable y ávida de sí. De ahí que, por un ir hacia adelante, hacia un futuro, hayamos pintado paredes en las cuevas del paleolítico, fundido en tablillas de barro los primeros libros de la primera biblioteca conocida en Occidente (la de Asurbanipal, s. VII a. C), y hubiéramos inventado la noción de museo. Ha sido la fragilidad y el afán de colección (la biología ha demostrado que ‘coleccionar’ objetos es una función de supervivencia y de dominio animal), la necesidad de fortalecer los conocimientos y los descubrimientos hechos lo que nos ha impulsado a volver la vista atrás, a estudiar, a reconocer lo ya hecho.

Los surrealistas franceses de la primera mitad del siglo XX criticaron ácidamente el concepto de museo y le dijeron a la sociedad que estos sólo eran depósitos de cadáveres, de obras muertas, que la vida fluía en el arte y que ésta no podía estar encerrada en cuatro paredes. Las bibliotecas, como los muesos, vistos como lugares donde se guarda el conocimiento y donde se exponen las manifestaciones del arte, hoy no pueden ser vistos como depósitos ni como meras salas de exposición. La lección de la biblioteca de Alejandría es ejemplarizante: al construirla, el propósito no era simplemente coleccionar

SabeRes

papiros, en menos de medio siglo el desarrollo de las matemáticas, de la física y de la medicina, para hablar sólo de unas pocas disciplinas, alcanzó un grado de desarrollo sólo semejante al del Renacimiento europeo, gracias a que en sí misma la biblioteca era una escuela, no como sucede hoy, que las escuelas escasamente tienen una biblioteca.

Hay que tener claro que tanto las bibliotecas como los museos procuran apenas una parte de las múltiples fuentes que el memorialista debe considerar, pues debe ir más allá y dar relevancia a las fuentes orales, a los registros comunales, hacer sus propios registros (sonoros, audiovisuales, fotográficos y textuales) y trazar su mapa de reconstrucción histórica, sin olvidar jamás que apenas dará una versión de lo estudiado, por mucho que el lenguaje sitúe su presente y logre penetrar su contexto. Aquí es necesario situar en la discusión la necesidad de diferenciar entre hacer historia y hacer memoria, que si bien tienen campos de desarrollo teórico diferenciados, se valen de una misma premisa: ir en busca del tiempo perdido, pero no hay que perder de vista que en ambos casos sus resultados son un esfuerzo por recuperar fragmentos de lo que hemos sido y nos constituye como seres humanos y como cultura.

Paradójicamente, la fragilidad que nos impele a fortalecernos, también nos impele a la destrucción, pues la negación de lo sucedido es el peor de los azotes. Se ha convertido en un lugar común afirmar que quien no conoce la historia está condenado a repetirla. Pero es una falacia, nada en la historia es susceptible de repetirse, más bien deberíamos decir que nos repetimos en la interpretación, lo cual equivale a negar, por omisión, nuestro pasado.

Los trabajos que componen este número de su revista **Educación y ciudad** buscan, por un lado, proporcionar al lector nociones sobre la memoria y sus territorios, y entregar al docente de todos los niveles puntos de vista sobre la importancia de empezar a conservar aquellos textos llenos de lagunas, para que no los devoren los insectos, y por otro, alimentar el debate académico en torno a diversas problemáticas que hoy comprometen todos los campos del saber.

El editor



Contenido

educación y ciudad N° 10



Colombia Memoria y escuela
El mundo escolar en las estructuras
de la remembranza
Adrián Serna Dimas

9

Colombia Memoria educativa y pedagógica
en tiempos de globalización
Olga Marlene Sánchez Moncada

87

Brasil En busca del tiempo perdido
La memoria de la educación
Maria do Carmo Martins

43

Colombia La educación pública en Bogotá
setenta años hace
Alejandro Álvarez Gallego

101

Colombia Memoria colectiva
memoria activa del saber pedagógico
Olga Lucía Zuluaga Garcés
Dora Lilia Marín Díaz

63

Cronotopías escolares

117

Colombia Argentina Experiencias
• Centro de estudios del niño
Una experiencia de educación especial
• El museo de las escuelas
problemas teórico-metodológicos

129

Normas para presentación de artículos

147

